

Reseña

Fernando Collantes y Vicente Pinilla. ¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente. Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2019, 266 pp. ISBN-10: 8417873821.

Resulta sorprendente la atención tan precaria que entre los historiadores ha recibido un fenómeno tan disruptivo como el proceso de despoblación rural en España: un éxodo poblacional sin precedentes que movilizó a millones de personas en un período de tiempo extraordinariamente corto. Una feliz excepción a esta norma han sido los trabajos que han venido publicado en los últimos años Fernando Collantes y Vicente Pinilla, hoy sintetizados en este libro que, por su calidad y, también hay que decirlo, por la escasa literatura existente, es la referencia indiscutible sobre la temática y una obra imprescindible para cualquier historiador de cualquier especialidad.

Aunque es un libro «fundamentalmente basado en la economía», como los propios autores reconocen —especialmente basado en la historia agraria, añadido yo—, también integra otros muchos aspectos que trascienden una simple lectura economicista de la despoblación rural. El trabajo, escrito a cuatro manos por dos autores con gran experiencia en estudios sobre política agraria, comercio internacional o desarrollo económico en general, deriva en una síntesis muy bien informada y con interpretaciones novedosas.

El libro se estructura en tres grandes bloques. En el primero se describen los hechos clave de la despoblación en España en comparación con otros países de Europa. En el segundo se analizan las causas de la despoblación rural sobre la base de teorías interpretativas existentes. El tercero, el más breve, se ocupa de las consecuencias. El trabajo concluye con un posfacio en el que se reflexiona sobre la reciente eclosión mediática de la despoblación rural y en el que se trata de combatir algunos mitos sobre la cuestión.

Sus principales contribuciones podrían resumirse de la siguiente manera. La evolución de la población rural en Europa evidencia una cronología reconocible. Entre 1700 y 1850 se observa una fase de crecimiento generalizado. Entre 1850 y 1950 la población rural siguió creciendo, pero a un ritmo más bajo que la población urbana, lo que hizo que perdiese peso relativo. A partir de 1950 la población rural cayó de manera generalizada con diferentes ritmos, siendo la transición más prematura en el centro y el norte del continente y más tardía en el sur y el este (capítulo 1). En el caso de España, abordado de manera particular en el capítulo 2, se evidencia que antes de 1950 ya hubo emigración de las zonas rurales a las urbanas; sin embargo, el flujo migratorio fue inferior al crecimiento natural de la población, por lo que la población rural no dejó de crecer. No obstante, lo hizo a menor ritmo que la población urbana, por lo que el peso relativo del mundo rural empezó a caer de manera significativa. Señalan importantes diferencias

regionales, entre las que destacan la virulencia de la despoblación en las comarcas de la España interior, dominada por áridos paisajes de cereal extensivo y generalmente alejadas de los principales centros comerciales. En la década de 1990 muchas provincias españolas empezaron a recibir de vuelta habitantes de las ciudades, lo que hizo que la despoblación rural que había protagonizado las migraciones interiores en las cuatro últimas décadas se frenase.

¿Por qué la despoblación empezó en 1950 y no antes? Tras sintetizar en el capítulo 3 las principales teorías interpretativas sobre cambios demográficos en el mundo rural, en el capítulo 4 los autores argumentan que la agricultura seguía siendo muy intensiva en mano de obra, que la industrialización era muy limitada en el mundo urbano para generar un arrastre poderoso y, por otro lado, que la brecha rural-urbana no era tan pronunciada como para generar incentivos suficientes para la migración. Todo esto cambió a partir de 1950 de manera acelerada, lo que unido a las políticas desarrollistas del franquismo, que priorizaron el avance urbano-industrial sobre el desarrollo rural, derivaron en una migración masiva del campo a la ciudad. La brecha entre el mundo urbano y el mundo rural creció no solo a nivel de rentas, sino también en el acceso a nuevas cestas de consumo y de servicios básicos, lo que multiplicó los incentivos para el trasvase poblacional (capítulo 6). En estos pasajes apenas se presta atención a los factores culturales que seguro que jugaron un papel clave en la despoblación. El atractivo de la *nueva ciudad* no solo fue económico o social. El capítulo 7, uno de los más controvertidos, señala el estrecho margen de la política para atemperar un proceso incontrolable. Es más, señalan que la política prevalente fue ajena al desarrollo local y estuvo más centrada en la modernización agraria, lo que en última instancia no fue un freno, sino al contrario, para el éxodo rural.

Los capítulos 8 y 9 abordan el legado de la despoblación. En el capítulo 8 se muestra cómo la caída de la población rural se atenuó desde la década de 1990, algo que no sorprende pues sería imposible sostener las mismas tasas de caída durante más tiempo. En el 9 se sintetizan los impactos sociales, económicos y ambientales. Finalmente, el capítulo 10, de conclusión, ofrece una síntesis de las principales tendencias y causas de la despoblación rural española en perspectiva europea, concluyéndose que el caso español no fue excepcional, aunque sí cuenta con particularidades propias: industrialización tardía, agricultura poco productiva cuya modernización estuvo mediada por tecnologías ahorradoras de trabajo, un sector rural no agrario poco competitivo, y comunidades rurales aisladas. Todo ello generó un proceso tardío y abrupto en perspectiva comparada.

El libro, en suma, está sustentado en una base empírica muy sólida y, a su vez, está acompañado por análisis novedosos que terminan por dibujar un relato atractivo y convincente de un

tema crucial en nuestra historia reciente. Es un trabajo excelente y, sin duda, altamente recomendable que, no obstante, como cualquier obra, tiene debilidades que, en este caso, en absoluto cuestionan sus tesis principales ni ensombrecen su calidad. Destacaré solo las tres más importantes a los ojos de este revisor.

En primer lugar, el libro es la traducción de una obra publicada en inglés en 2011 (cuyas series llegan generalmente hasta el año 2000), sobre la que no se ha hecho ninguna modificación ni actualización, a pesar de los importantes cambios observados en la población rural española en los últimos años y de la creciente literatura publicada al respecto. Para justificar este hecho los autores sostienen que «la investigación propiamente histórica sobre la despoblación en España no ha avanzado desde entonces», lo que resulta cuestionable por dos motivos. Por un lado, desde el año 2000 han tenido lugar cambios muy relevantes en la historia de la despoblación rural española que han sido escamoteados al lector. Por otro lado, sí que ha habido importantes trabajos publicados sobre el tema que se han obviado y que habrían ayudado a mejorar algunas secciones, especialmente el bloque 3, lo que me conduce al segundo punto.

El bloque tercero aborda las consecuencias de la despoblación rural, lo que debería representar una parte esencial del libro, ya que los dramáticos impactos asociados a este proceso son los que han provocado que se convirtiera en un fenómeno mediático. Aunque los autores prometen un análisis de las consecuencias económicas, sociales y ambientales, lo cierto es que solo se profundiza en las primeras, mientras que lo social y lo ambiental se despacha en apenas cinco páginas tratadas de manera superficial, poco actualizada y, en ocasiones, imprecisa. Especialmente sorprendente es el caso de los impactos ambientales. Tras exponer algunas ideas ambiguas sobre su incidencia en el medio rural, los autores concluyen que se

necesitan «más investigaciones de historia ambiental». Resulta llamativo cuando España es seguramente el país en el que mejor se han estudiado los impactos ambientales en el mundo rural en perspectiva histórica. Hoy en día existe evidencia empírica de largo plazo sobre las pérdidas de suelo por erosión, el uso de energía, los impactos paisajísticos, la pérdida de biodiversidad, las emisiones de gases de efecto invernadero o la evolución del carbono orgánico en el suelo (solo basta revisar los trabajos de Eduardo Aguilera o de los grupos liderados por Enric Tello y Manuel González de Molina, entre otros). También sorprende que se pase por encima el principal impacto ambiental directamente atribuible a la despoblación rural: los incendios masivos generados por el abandono.

Por último, el libro concluye con un arriesgado posfacio en el que se tratan de combatir los mitos de la despoblación rural generados en los últimos años de mayor exposición mediática. Por un lado, hubiera sido interesante haber sido más específico sobre las fuentes de esos mitos y sobre su influencia real, ya que por momentos parece que se combate con *molinos*. Por otro lado, creo que hay un afán excesivo a la hora relativizar el problema de la despoblación. No hay que olvidar que España ha terminado siendo el país con menor población rural relativa (junto a Francia) entre la muestra estudiada en este libro (tabla 1.3.). Además, la despoblación rural ha dejado tras de sí importantes cicatrices económicas, pero también sociales y ambientales que, de haberse estudiado con más profundidad en el libro, seguramente habrían conducido a un balance final más matizado y menos complaciente.

Juan Infante Amate
Universidad de Granada

<https://doi.org/10.33231/j.ihe.2020.12.013>